

CAPÍTULO VI

Héctor Caraffa

El lector recordará, que, en su carta á Nelsón, Trouvridge le hablaba de dos contratiempos ocurridos á los patriotas napolitanos unidos á los franceses, uno delante de Andria y otro junto á Salerno.

De esta noticia, la mitad era falsa y cierta la otra mitad. El contratiempo era la consecuencia del plan acordado entre Manthonnet y Championnet, que cuando salió para París dejaba ya en marcha las columnas.

Como iban capitaneadas por dos de nuestros principales personajes, las seguiremos, á una en su marcha triunfal, y á la otra en sus desastres.

La más fuerte, compuesta de 6,000 franceses y 1,000 napolitanos, se dirigió á las Pullas, graneros de Nápoles bloqueados por la escuadra inglesa y casi en poder de los realistas. Los franceses iban á las órdenes de Duhesme, y Héctor Caraffa era el

cabo de los napolitanos. Por casualidad, la columna marchó contra Andria, antiguo feudo de la familia de Caraffa. Estaba la ciudad bien fortificada ; pero Héctor, que era su señor, creyó que no le resistiría. Empleó al efecto todos los medios posibles para determinar á los habitantes á obedecer al gobierno republicano, mas todo fué inútil, y concluyó por convenirse de que, como los reyes, para conservar su tiranía, los pueblos que quieren ser libres no tienen mejores argumentos que el fuego y el hierro.

Para apoderarse de Andria, debían hacerse dueños de San Severo ocupado por las bandas realistas que, en número de 12 mil hombres, se titulaban ejército coaligado de la Pulla y los Abruzzos.

Como San Severo no era plaza fortificada, los defensores del altar y el trono tomaron posición en una colina inmediata que dominaba la llanura.

El 23 de Febrero, Duhesme marchó sobre San Severo dejando en Foggia, para cubrir su retaguardia, á Caraffa y Broussier. Al acercarse á los realistas, Duhesme se contentó con mandarles este recado :

« En Bovino hice fusilar á los rebeldes y á tres soldados condenados por robo, lo mismo haré con vosotros. ¿ Preferís la paz ? »

Los borbónicos respondieron :

« Nosotros hemos fusilado á los republicanos, á los ciudadanos y á los curas liberales, que predicán la paz; rigor por rigor, la guerra. »

El general dividió su columna en tres, una marchó sobre el pueblo y las otras dos envolvieron la colina para que ningún realista escapara. Forest, que mandaba una de las dos, llegó el primero. Viendo el enemigo sus 500 hombres y confiado en sus 12,000, tocó á arrebato en San Severo y le salió al encuentro en la llanura. El destacamento francés, que vió descender de la colina masas tan formidables, se formó en cuadro; pero apenas había comenzado el ataque, cuando se oyó en San Severo un vivo tiroteo y se vieron salir de la ciudad á los realistas fugitivos.

Era Duhesme en persona que se había apoderado del pueblo y que entraba en línea por el lado opuesto que ocupaba Forest.

Esta aparición cambió el aspecto del combate: la mitad de los realistas tuvo que hacer frente á retaguardia; cuando la tercera columna se presentó por otro lado se vieron completamente envueltos. Entonces quisieron volver á la colina imprudentemente abandonada, pero cargados por todas partes á la bayoneta, se desordenaron á los

gritos de sálvese el que pueda... La matanza duró tres horas. Tres mil cadáveres quedaron en el campo de batalla, y doble hubiera sido este número, si las mujeres con sus hijos de la mano y vestidas de luto no hubieran salido de San Severo á implorar gracia para los vencidos.

Había jurado Duhesme quemar á San Severo, pero al ver la aflicción de hijas, madres y esposas, lo perdonó.

El resultado de esta victoria fué que Gargano, Taburne y Corvino se sometieron.

Una vez tomado San Severo, no quedaba á los realistas más posiciones que las de Andria y Trani.

Macdonald, que reemplazó á Championnet, quiso tener á Duhesme á su lado y dió á Broussier el mando de su columna, con la que debía apoderarse de Andria y Trani á cuyo efecto le mandó los refuerzos necesarios.

Andria y Trani habían restaurado sus fortificaciones; menos una, todas sus puertas de la primera estaban tapiadas, y tras de ellas se abrían anchos fosos rodeados de empalizadas: las calles estaban cubiertas de barricadas, y aspilleradas las casas.

La división franco-napolitana marchó el 21 de

Marzo contra Andria, que al día siguiente se encontró bloqueada.

Ya hemos dicho lo que era Héctor Caraffa, soldado y general á un tiempo, aunque más soldado que general. No sólo tomó el mando de su columna, sino que se puso al frente, y con la espada en una mano y la bandera republicana en la otra, gritó : « El que sea valiente que me siga . » Y como un héroe de Homero, subió el primero al asalto.

La lucha fué terrible. Héctor, con la espada entre los dientes, llevando en una mano la bandera y sosteniéndose con la otra, subió la escala, sin que le detuviera una lluvia de proyectiles que caía sobre él. Cuando pudo agarrarse á una almena, rechazó con su espada á los enemigos y plantó el primero la bandera tricolor sobre los muros de Andria.

Mientras Héctor se apoderaba de este modo de la muralla, la artillería francesa abrió una puerta de la ciudad por la cual penetró en columna, precipitándose al foso, del que salieron los que pudieron, y corrieron calle adelante envueltos en una nube de balas, que llovía sobre ellos por todas partes. En algunos minutos, 12 oficiales y 100 soldados fueron víctimas de su arrojó, pero esto no

les impidió llegar hasta la plaza mayor y apoderarse de ella.

Héctor, cubierto de sangre suya y de enemigos, se les reunió bien pronto con su columna.

La tercera columna que no pudo entrar por estar tapiada la puerta que atacaba, al oír el fuego dentro de la ciudad, corrió en busca de la otra puerta y fué á reunirse á la plaza con sus compañeros.

La defensa fué desesperada y encerrados en las casas los realistas continuaron la lucha. Por no citar más que un ejemplo diremos que doce hombres refugiados en una casa no pudieron ser reducidos por un batallón entero, y fué preciso recurrir á la artillería; ni uno quiso rendirse; todos murieron matando.

La explicación de este heroísmo es la siguiente :

En la plaza había un altar y en el altar un Cristo, y al amanecer de la víspera del ataque, se vió una carta en las manos de la imagen, firmada JESÚS, que decía que las balas republicanas no podían nada contra los realistas de Andria, y que además les llegaría oportunamente un refuerzo considerable; y en efecto, durante la noche, llegaron 400 hombres en confirmación de la predicción hecha por la carta de JESÚS, y se reunieron á los sitiados, ó más bien á los que debían serlo al día siguiente.

Según ha visto el lector la defensa fué encarnizada. Franceses y napolitanos dejaron al pie de las murallas 30 oficiales y 250 sargentos y soldados. Seis mil borbónicos fueron pasados á cuchillo.

Héctor Caraffa fué proclamado el héroe de la jornada.

Por la noche hubo consejo de guerra. Caraffa, como otro Bruto condenando á sus hijos, votó por la destrucción completa de la ciudad y pidió que Andria, su feudo, fuese reducida á cenizas.

Los jefes franceses combatieron esta proposición cuyo feroz patriotismo les aterrorizaba; pero la voz de Caraffa triunfó. Andria fué condenada al incendio, y Héctor Caraffa lo aplicó con su propia mano.

Quedaba Trani que, lejos de desanimarse por la suerte que sufrió Andria, redoblaba su energía y sus amenazas.

Broussier marchó contra Trani con su división disminuída en más de quinientos hombres en los combates de San Severo y de Andria.

Trani se hallaba mejor fortificada que Andria: considerábasela como el baluarte de la insurrección, por estar ceñida de una muralla, protegida por un fuerte regular y defendida con baluartes por más de ocho mil hombres.

En otra época, y al tratarse de una guerra estratégica, Trani quizás habría tenido el honor de ser sitiada en regla; pero faltando hombres y tiempo, preciso era sustituir un golpe aventurado, á las más hábiles combinaciones. No dejaba esta plaza de causar gran inquietud al jefe de la expedición, que no participaba de la insensata confianza de Caraffa, sabiendo que había en Trani una guarnición de ocho mil hombres, á las órdenes de excelentes oficiales, al abrigo de buenas murallas, sin contar con la flotilla de lanchas cañoneras surta en el puerto. Á todas las objeciones de Broussier, Héctor Caraffa respondía:

— Si hay una escala bastante alta para alcanzar las almenas de Trani, tomaré esta plaza como tomé á Andria.

Broussier concluyó por dejarse convencer por esta heroica confianza. Hizo avanzar el ejército en tres columnas y por tres caminos diversos para cercar completamente la ciudad, y el 4.º de Abril las avanzadas se acercaron á tiro de pistola.

Emplearon la noche en preparar baterías de brecha.

Caraffa pidió que se le otorgara no ceñirse á las combinaciones generales y seguir, en inspiración, disponiendo de sus hombres á su capricho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Todo se le otorgó, según había pedido.

El 2 de Abril, al amanecer, las baterías rompieron el fuego por el lado de Biseglia.

En cuanto á Héctor y su gente, mucho antes de amanecer habían dado vuelta á las murallas, llegando sin reconocer el punto más débil, por la parte opuesta de Trani hasta la playa.

El conde Ruvo hizo alto, ocultó sus hombres, y, desnudándose, se arrojó al mar para hacer un reconocimiento.

Según hemos dicho, el ataque general estaba dirigido por Broussier en persona. Avanzó con algunas compañías, sostenidas por la brigada 64.^a, que llevaba faginas para llenar los fosos, y escalas para subir á los muros.

Los sitiados, adivinando las intenciones del general, se habían concentrado en masa compacta en la parte amenazada, de modo que apenas se hallaba á tiro de fusil cuando una lluvia de balas que cayó sobre la columna, postró sin vida casi toda la primera fila de granaderos, incluso el capitán.

Aturdidos los granaderos por la violencia del fuego y por la muerte de su capitán, vacilaron un instante.

Broussier mandó continuar la marcha contra la muralla, y dió el ejemplo, espada en mano, cuando

de repente oyóse un vivo cañoneo del lado del mar, y manifestóse gran desorden entre los defensores.

Uno de éstos, herido por una granada, cayó de las almenas al foso.

¿De dónde venían estas granadas que sembraban la muerte en los sitiados en sus mismos baluartes? De Caraffa que cumplía su palabra.

Como ha visto el lector, Caraffa llegó hasta la playa y practicó un reconocimiento.

En este reconocimiento había descubierto un fortín oculto entre los escollos, y que, no hallándose amenazado, le pareció mal defendido.

Después de practicado el reconocimiento, volvió hacia donde estaban sus compañeros y pidió veinte hombres de buena voluntad y buenos nadadores.

Presentáronse cuarenta.

Héctor les mandó que no conservaran más que los calzoncillos, que ataran sus cartucheras en la cabeza, que tomaran los sables entre los dientes, los fusiles en la mano izquierda, y que nadando con la derecha avanzaran sobre el fortín.

Enteramente desnudo, Héctor les servía de guía, alentándolos, sosteniéndolos con el hombro cuando uno ú otro se hallaba fatigado.

De este modo llegaron hasta el pie de las murallas,

encontraron una pared horadada, penetraron por el agujero, y sosteniéndose á los salientes de las piedras, treparon al bastión, sin ser descubiertos por los centinelas, que fueron acuchillados sin que hubieran tenido tiempo de dar un solo grito.

Héctor y sus compañeros penetraron en el fuerte, mataron á cuantos hombres encontraron en él, volvieron inmediatamente los cañones contra la ciudad é hicieron fuego.

La granada lanzada por uno de estos cañones era la que había dividido en dos partes y precipitado desde las murallas al soldado borbónico, cuya muerte y caída hizo pensar, con justa razón, á Broussier, que algo extraordinario pasaba en la ciudad.

Al ver venir el ataque del lado por el cual esperaban salvarse, los borbónicos prorrumpieron en grandes gritos y se lanzaron hacia la parte de donde venían los nuevos sitiadores, reforzados ya por sus compañeros que se habían quedado en la playa.

Los granaderos de Broussier, viendo que la defensa flaqueaba, volvieron á la ofensiva, marcharon contra los muros, apoyaron las escalas, y dieron el asalto.

Después de combatir un cuarto de hora, los

franceses, vencedores, coronaban las murallas, y Héctor Caraffa, desnudo, guiando á sus compañeros medio desnudos también y empapados en agua, penetraba en una de las calles de Trani; pues ser dueño de las murallas y de los bastiones no era ser dueño de la ciudad.

En efecto, las casas estaban aspilleradas.

Esta vez también Héctor mostró, con el ejemplo, otro modo de ataque. Escaláronse los terrados, y por los techos, los sitiadores se deslizaron al interior. Primero se combatía al aire libre, después de piso en piso, de escalera en escalera, cuerpo á cuerpo y á la bayoneta.

Después de una lucha encarnizada de tres horas, las armas cayeron de las manos de los sitiadores: Trani fué tomada.

Al momento se reunió un consejo de guerra. Broussier se inclinaba hacia la clemencia. Desnudo aún, cubierto de polvo, de sangre enemiga y propia, Héctor Caraffa, cual otro Breno, arrojó su parecer en la balanza y esta vez triunfó también. Su opinión era: Muerte é incendio. Los sitiados fueron pasados á cuchillo, la ciudad reducida á cenizas.

Caraffa y los franceses atravesaron la Pulla dejando tras sí un rastro de fuego y de sangre,

mientras el cardenal Ruffo hacía otro tanto en la Italia meridional. Cuando los rebeldes pedían gracia para las ciudades sometidas, respondía Caraffa :

—¿Acaso he tratado yo mejor mi propia ciudad?

Y cuando los vencidos le pedían la vida, mostrábalas sus heridas, diciendo :

—¿No doy yo también mi propia vida?

Pero al mismo tiempo que llegaba á Nápoles la noticia de la triple victoria de Duhesme, de Broussier y de Héctor Caraffa, recibían la de la derrota de Schipani.

CAPÍTULO VII

Schipani

Ya hemos dicho que al mismo tiempo que Héctor Caraffa había sido enviado contra de Cesare, Schipani marchó contra el cardenal.

Schipani había sido elevado á jefe de cuerpo de ejército, no por sus talentos militares, sino por su patriotismo bien conocido y por su valor incontestable. Pero las virtudes del ciudadano, el valor del patriota son cualidades secundarias en el campo de batalla. Háblele recomendado explícitamente Manthonnet, que no ofreciera batalla al enemigo, que se limitara á guardar los desfiladeros de la Basilicata, contentándose completamente con la marcha de Ruffo y de sus sanfedistas.

Schipani, lleno de entusiasmo y de esperanza, atravesó Salerno y otras ciudades amigas sobre las cuales flotaba la bandera de la República.

Al ver esta bandera, su corazón palpitaba de

alegría; pero un día llegó al pie de la aldea de Castellucio, en cuyo companario flotaba el pabellón real.

El color blanco producía en Schipani el mismo efecto que el encarnado en los toros.

En lugar de pasar apartando la mirada, y de continuar su camino hacia la Calabria, cortando á los sanfedistas los desfiladeros de las montañas que conducen de Cosenza á Castrovillari, como se le había recomendado expresamente, dejóse dominar por la cólera y quiso castigar la insolencia de Castellucio.

Desgraciadamente Castellucio, miserable pueblo de algunos miles de habitantes solamente, se hallaba defendido por dos poderes: uno visible y otro invisible.

El visible era su posición; el invisible era el capitán, ó más bien el escribano Sciarpa.

Sciarpa, uno de los hombres cuya fama se elevó á la altura de las de Pronio, de Mammone y de Fra Diávolo, era completamente desconocido en aquella época.

Según decimos arriba, había ocupado una de las últimas gradas del foro en Salerno. Llegada la revolución, proclamada la República, adoptó sus principios con ardor y solicitó pasar á la gendarmería.

De escribano á gendarme quizás, según creía él, no había más que extender la mano, un paso que dar.

Al entregar su solicitud, recibió esta imprudente respuesta:

— Los republicanos no necesitan esbirros en sus filas.

Por su parte, quizás los republicanos creían que de escribano á esbirro no había gran distancia.

No pudiendo ofrecer su espada á Manthonnet, ofreció su puñal á Fernando.

Fernando era menos escrupuloso que la República, recibía de cualquier mano: todo era bueno para él: y pensaba que cuanto menos tenían que perder sus defensores tanto más tenía él que ganar.

La fatalidad quiso, pues, que Sciarpa mandase el pequeño destacamento sanfedista que ocupaba Castellucio.

Schipani podía dejar sin temor á Castellucio á su retaguardia, pues todos los pueblos circunvecinos eran patriotas.

Se podía tomar á Castellucio por hambre: era fácil bloquearlo, puesto que no tenía víveres sino para tres ó cuatro días.

Finalmente, Schipani podía tratar con Sciarpa, hombre dispuesto á transigir y que le ofrecía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
Año 1825 MONTERREY, MEXICO

reunir su gente á las tropas de la República, *con tal que le pagase su defección á un precio equivalente á lo que podía perder abandonando la causa de los Borbones.*

Pero Schipani respondió :

— Vengo á hacer la guerra y no á negociar : no soy mercader sino soldado.

Así diciendo, mandó á sus soldados trépar por los ásperos senderos que entre las rocas cortadas á pico conducen á la aldea.

Sciarpa arengó á los suyos y los entusiasmó de manera que todos juraron al pié del altar moriri matando ; y para que nada faltase el cura bendijo sus armas.

Los republicanos entretanto habían llegado á un centenar de pasos del pueblo, fatigados en extremo ; pero antes que tuviesen tiempo ni espacio para formarse recibieron una granizada de balas. Schipani marchó adelante sable en mano, mas tuvo que retroceder, ó por mejor decir él y los suyos rodaron por los precipicios hasta el fondo del valle. Felices los que pudieron llegar : muchos de sus soldados quedaron muertos y mal heridos, pendientes de las rocas y fueron rematados por los realistas ; hasta las mujeres del pueblo se ensañaron cruelmente con aquellos infelices.

Al ver este espectáculo, Schipani perdió la cabeza, y con el resto de su fuerza volvió sobre sus pasos y no se detuvo hasta Salerno, dejando así el camino libre al cardenal, que se adelantaba con paso lento pero seguro.

El 6 de Abril llegó Su Eminencia á Cariatí donde vió con sorpresa entrar una columna de mil hombres, perfectamente organizados que llegaban tambor batiente á ponerse á sus órdenes. Unos iban vestidos de amarillo, otros de encarnado ; pero, cosa rara, todos cojeaban de un pié.

Eran presidiarios. El cardenal hizo llamar al jefe ; éste era un hombre de unos cuarenta y cinco años, se llamaba Panedigrano y estaba condenado á presidio perpetuo por ocho ó diez asesinatos y otros tantos robos.

Él mismo lo aseguró así al cardenal.

Su Eminencia le preguntó á qué feliz coincidencia debía el honor de su compañía.

El presidiario le respondió que lord Stuart, al tomar posesión de Messina, no creyó conveniente que los soldados ingleses viviesen bajo el mismo techo que los presidiarios, por lo cual los organizó en un regimiento, dándoles facultad para nombrar sus jefes, los amontonó en un buque, los desembarcó en Pizzo y les mandó que marchasen hasta

encontrar al cardenal, á cuyas órdenes se pondrían.

Aun no había Su Eminencia vuelto en sí de la sorpresa que le causara la llegada de tan singular refuerzo, cuando recibió un correo con despachos del rey, en que le confirmaba lo que Panedigrano acababa de decirle, solamente que, por consideración á sus caros aliados los ingleses, echaba la culpa del armamento de los presidiarios al comandante Danero.

Como la mayor parte de aquellos nuevos defensores del altar y el trono eran calabreses, su primer cuidado fué dar satisfacción á sus venganzas personales, de manera que el cardenal tuvo que mandar hacer alto al ejército y fusilar á dos de aquellos asesinos. Esto no obstante, conservó el regimiento como digno de combatir á sus órdenes, pagólos á razón de una peseta diaria, confirmó la elección de jefes y oficiales que habían hecho y levantó en Cariati una contribución para uniformarlos. Con este regimiento por vanguardia, marcharon los realistas sobre Nápoles, cuyos caminos dejaba libres la derrota de Schipani.

Gran lección debe ser para pueblos y reyes la comparación de la marcha del cardenal sobre Nápoles, con la ejecutada sesenta años después por Garibaldi, con la fácil victoria del derecho

divino, con la más fácil aún del derecho popular.

El representante del derecho divino, cubierto con la púrpura cardenalicia, que combate en nombre de Dios y del rey, que marcha dejando tras sí un surco de sangre, el incendio y el saqueo, la desolación y la muerte, frente al representante del derecho moderno, hombre del pueblo sin más uniforme [que una camisa de marinero, que marcha sembrando flores en medio de la alegría y de las bendiciones de la nación, dejando tras sí pueblos libres y contentos.

Llevaba el primero por aliados hombres como Panedigrano, Fra Diávolo, Mammone y Pronio, bandoleros y asesinos repugnantes; el otro marchaba rodeado de hombres como Tuckery y Deflote, Teléki, Avezana y Cairoli; es decir de héroes.

El 6 de Abril, día de la entrada del cardenal en Casari, se había encabritado su caballo y lo había arrojado al suelo, con gran peligro de su vida. Diez días después escapaba no menos milagrosamente de otro peligro.

El 16 por la mañana, al poner el pie en el estribo, observó Su Eminencia que su caballo cojeaba; una piedrecita se había introducido en una herradura; el cardenal cambió de montura y se pusieron en marcha.

Á las once de la mañana, al atravesar un bosque, un cura que cabalgaba en un caballo blanco, igual al que ordinariamente montaba Su Eminencia, sirvió de blanco á una descarga de mosquetería que dejó muerto al caballo.

Habíase tomado al cura por el cardenal.

El ejército de la fé hizo alto dos días después de haber atravesado la llanura en que se elevaba la antigua Sybaris, hoy pantanos infectos.

Al llegar á este punto, el cardenal pasó revista á su ejército, compuesto de diez batallones, en cada uno de los cuales había cincuenta hombres del ejército regular del rey Fernando, armados de fusiles de munición, aunque muchos de ellos carecían de bayoneta. La caballería constaba de 1,200 jinetes y de quinientos hombres que iban á pie por falta de caballos.

Además, había organizado el cardenal dos compañías, especie de guardia civil, que era la gente mejor armada y equipada de su ejército.

Llevaba trece piezas de artillería y además de estas fuerzas regulares le seguían diez mil voluntarios organizados en compañías, armados á la calabresa.

Agregábase á esta gente armada una masa de cuatro ó cinco mil hombres, restos del antiguo

ejército napolitano, que carecían de armas, con el cual llegaban á veinticinco mil hombres las fuerzas que seguían á Su Eminencia.

Á derecha é izquierda de este ejército, y formando, por decirlo así, dos barreras, marchaban 200 carros cargados de barriles de vino de lo mejor que producen las viñas calabresas, regalo hecho al cardenal por sus propietarios y arrendadores.

Cada dos horas suspendía el ejército su marcha y á son de tambor distribuíase el mosto á la gente, á vaso por barba. Á las nueve de la mañana, á mediodía y á las cinco de la tarde se hacía alto para comer.

Los defensores del altar y del trono marchaban alegremente de esta manera comiendo, bebiendo, cantando y saqueando; así llegaron á Matera, capital de la Basilica, el 8 de Mayo. Apenas habían puesto las armas en pabellones cuando se les incorporó de Cesare al frente de un centenar de jinetes, de una culebrina de 33, un cañón de campaña y un mortero. Fray Pacífico, montado en su burro, era el comandante de la artillería, y de doce artilleros, frailes como él, que así manejaban el espeque como el incensario, y que en los sitios de Martina y de Aquaviva habían dado pruebas de su habilidad y bravura.

Adelantóse el cardenal á recibir aquel refuerzo y de Cesare hizo otro tanto echando pie á tierra y pidiéndole la mano y su bendición.

Como Su Eminencia no tenía interés en que el joven aventurero conservase su falso nombre, le saludó con el verdadero nombrándolo, como se lo había prometido, brigadier, y encargándole la organización de las divisiones quinta y sexta.

De Cesare llegaba para tomar parte en el sitio de Altamura, ciudad que, como indica su nombre, estaba rodeada de altas murallas. Su población, de veinte á veinticuatro mil almas, había aumentado considerablemente con los patriotas fugitivos de la Basílica y de la Pulla.

Por su población y sus medios de defensa, Altamura era el primer baluarte de la República napolitana, por lo cual, el gobierno de Nápoles mandó al general Mastrángelo de Montalbano con dos escuadrones de refuerzo, agregándole como comisario de la República al fraile Nicolo Palomba. Este señor reunía á su cualidad de fraile y á las funciones de comisario de la República el empleo de capitán con el mando de 700 hombres. Una vez en Altamura, el fraile-comisario-capitán empezó sus triples funciones prendiendo una cuarentena de realistas que encerró en el convento de San Francisco, y empezó

á formarles preceso, cuando el cardenal, provisto de la gruesa artillería, de Cesare y de fray Pacifico, se aproximó á la plaza republicana.

El 6 de Mayo hicieron los altamuranos un reconocimiento y sorprendieron á los ingenieros Vinci y Oliviani que se habían acercado cautelosamente para estudiar el terreno y examinar las fortificaciones.

Esta fué una pérdida considerable para el ejército realista, tanto, que al día siguiente, el cardenal mandó á Altamura un parlamentario con honrosas proposiciones de capitulación y para que reclamase además los ingenieros.

Mastrángelo y Palomba por toda respuesta detuvieron al parlamentario.

La noche del 8 mandó el cardenal que de Cesare, con la tropa de línea y parte de la irregular, fuese á establecer el cerco de la plaza, recomendándole que no emprendiese nada hasta que él llegase.

El resto de los irregulares y una multitud de voluntarios del país circunvecino, temerosos de que saquearan Altamura sin contar con ellos, levantaron el campo sin esperar órdenes y siguieron á de Cesare, dejando al cardenal reducido á una escolta de 200 hombres y un piquete de caballería.

Apenas había llegado á la mitad del camino, reci-

bió de Cesare órdenes del cardenal de dirigirse con la caballería al territorio de Terza, para apoderarse de ciertos patriotas que habían sublevado la población, obligando á los realistas á escapar como pudieron.

Obedeció de Cesare, dejando el mando del ejército á Durante, que prosiguió su camino durante dos horas. Al hacer alto presentáronle un campesino que dijo haber caído por la mañana en manos de los republicanos que en número de 200 hombres de á pie y de á caballo, y después de seguir el camino de Matera, se habían emboscado en un montecillo inmediato al camino real.

En ausencia de Cesare, no sabía Durante qué partido tomar, cuando vinieron á decirle que sus avanzadas estaban ya batiéndose; entonces mandó apretar el paso y pronto estuvo al frente del enemigo, que evitando el llano en lo posible, trataba de flanquear y cortar la columna. Los realistas tomaron posición sobre una colina en la cual puso fray Pacifico en batería su culebrina y sus morteros. Una vez descubiertos, los altamuranos no tenían probabilidades de conseguir su objeto y se retiraron más que de prisa, dejando á sus adversarios seguir tranquilamente su camino.

Esta interrupción de la marcha dió lugar á que

de Cesare y el cardenal se incorporasen al ejército y á que resolvieran atacar al día siguiente la plaza. De Cesare marchó el primero y á las nueve del siguiente día estuvo á tiro de cañón de Altamura. Una hora después llegaba el cardenal con todo el ejército.

Los republicanos habían formado un campamento en las alturas inmediatas á las ciudad.

El cardenal, para buscar el sitio por donde debía atacar la plaza, dió vuelta á sus murallas, y como su caballo blanco y su hábito encarnado lo ponían de manifiesto desde lejos, los republicanos empezaron á tirar sobre él sin descanso. En lugar de huir, él se detuvo y con su anteojo de larga vista se puso á mirar tranquilo é impasible las fortificaciones del enemigo.

Los que le rodeaban le gritaron que se retirase, pero él les respondió que se retirasen ellos y que sentiría que hiriesen á ninguno por su causa.

—¿Y vos, monseñor? respondieron todos.

— Yo, respondió Ruffo, yo, es muy diferente, porque he hecho pacto con las balas.

Y en efecto, circulaba en el ejército el rumor de que el cardenal poseía un talismán que le hacía invulnerable, y convenía por tanto á la importancia de la popularidad de Ruffo que se acreditase tal rumor.

El resultado del reconocimiento fué que todos los caminos que conducían á Altamura estaban dominados por la artillería, por lo cual decidieron apoderarse de una de las alturas inmediatas á la plaza, y en efecto lo consiguieron después de un combate desesperado. Fray Pacífico estableció en ella inmediatamente su culebrina y su mortero, y se rompió el fuego contra las murallas y los edificios más importantes de la plaza.

Los altamuranos se defendieron bravamente. Bombas, balas y granadas arruinaban sus casas y bajo ellas se sepultaban sus mujeres é hijos, sin que pensarán en rendirse; lejos de eso, hicieron una salida y derrotaron á las mejores tropas del ejército de la fe.

De Cesare acudió con su caballería y protegió la retirada.

Las sombras de la noche interrumpieron el combate.

Los altamuranos la pasaron en discutir los medios de defensa.

Inexperimentados en el arte de la guerra, no habían acumulado suficientes proyectiles: las balas les faltaban. Para remediar este inconveniente invitaron á los habitantes á que llevaran á la plaza cuanto metal pudiesen haber á las manos, y no sólo

llevaron cuantos objetos de estaño, plomo ó plata poseían, sino que hubo cura que llevó los cañones de los órganos de su iglesia. Todo se convirtió en balas y al llegar el día cada uno tenía 40 cartuchos. Á las seis, se rompió el fuego por ambas partes.

Al mediodía anunciaron al cardenal que de las heridas de algunos soldados se habían extraído balas de plata.

Á las tres de la tarde, los altamuranos hacían fuego de metralla con moneda de cobre; poco después se sirvieron de la plata, y por último, sus cañones concluyeron por vomitar oro.

El cardenal comprendió, sin dejar de admirarlos, que los sitiados agotaban sus últimos recursos y que no podrían sostenerse por más tiempo.

Á las cuatro de la tarde oyóse una gran explosión y desde entonces cesó el fuego.

Creyó el cardenal que aquello debía ser una emboscada, y temeroso de que si no les daba alguna facilidad para huir le harían pagar cara la toma de Altamura, reunió todas sus tropas en un solo punto como si intentase concentrarlas para un ataque, dejando así libre á los sitiados la salida por la puerta que se llama de Nápoles. Y en efecto, Palomba y Mastrángelo salieron los primeros por ella.

Fray Pacifico, arrojaba de cuando en cuando una bomba á la ciudad, pero ésta no respondía, envuelta en un misterioso silencio, ni siquiera con ayes ni clamores; parecía la ciudad de los muertos.

Á media noche, una patrulla se aproximó á la puerta de Matera, y viéndola sin defensa le pegó fuego.

Llevaronle la noticia al cardenal, que siempre temeroso de alguna emboscada, ordenó que nadie fuese osado á entrar en la ciudad, y mandó á fray Pacifico que dejase en paz su mortero.

Al alba del día siguiente, 10 de Mayo, dispuso el cardenal su ejército en batalla, y se adelantó hacia la puerta quemada, y como por ella viesan desiertas las calles inmediatas, mandó tirar algunos proyectiles por ver si los republicanos daban señales de vida, pero todo fué en vano; el sol se levantó al fin en el horizonte, sin que sus rayos despertasen á aquella abandonada tumba.

Entonces el cardenal mandó que entrasen tres regimientos, pero ¿cuál no fué su sorpresa, cuando le dijeron que no habían quedado en la ciudad más que enfermos, ancianos y niños y las monjas de un convento?

Buscando á los ingenieros Vinci y Olivieri y al parlamentario Vecchioni, detenido por los republi-

canos, los encontraron en los sótanos de la iglesia de San Francisco, muertos ó moribundos, y con ellos una cuarentena de realistas, que no eran otros que los que Nicoli Palomba había arrestado y procesado en su triple cualidad de capitán, cura y comisario, y que había hecho fusilar en su prisión la noche precedente antes de escaparse. No todos estaban muertos: algunos vivían aún, y tres de ellos sobrevivieron á su fusilamiento.

Como los realistas no hallaron enemigos del altar y el trono en quien vengarse, saciaron su saña degollando ancianos y niños, y como no encontraran republicanas, saciaron sus brutales pasiones profanando todas las monjas del convento.

Necesario fué que ante los mismos ojos del cardenal se perpetrase un atentado para que éste reprimiese tantos desórdenes.

Entonaba Su Eminencia un *Te-Déum* en medio de la plaza, sobre un altar improvisado, con los pies en la sangre, rodeado de cadáveres y de casas incendiadas y medio arruinadas, cuando le presentaron un patriota que habían descubierto en un escondite, llamado el conde Filo, y cuando se inclinaba para pedir la vida al cardenal, un realista, que se decía pariente del ingeniero Olivieri, le disparó una pistola á quema-ropa y lo dejó muerto á los pies de Su

Eminencia. La sangre de la víctima salpicó los vestidos cardenalicios.

Ruffo mandó tocar generala y que curas y oficiales recorrieran la ciudad para poner fin al saqueo y al degüello, que duraba hacía tres días.

En el momento en que daba la orden, llegó á todo el galope de su corcel un oficial napolitano, que echó pie á tierra ante el cardenal y le presentó una carta autógrafa de la reina.

En ella decía Su Majestad á Ruffo que el portador le llevaba una bandera bordada por la reina y por sus hijas. Mientras el cardenal leía la misiva, el oficial desplegó la bandera que era en verdad magnífica. Era de raso blanco; por un lado tenía bordadas las armas de los Borbones de Nápoles con esta leyenda : *Á mis caros calabreses*, y del otro lado esta inscripción :

IN HOC SIGNO VINCIS.

El portador de la bandera era Scipión Lamarra, y la reina lo recomendaba al cardenal como un oficial valiente.

Su Eminencia reunió el ejército en el acto al son de clarines y tambores, y en medio de los cadáveres, de las ruinas humeantes, verdadero cuadro de deso-

lación que le rodeaba, leyó en alta voz la carta á los calabreses, y desplegó la bandera real, lábaro que debía guiarlos á nuevos saqueos, asesinatos é incendios, que la reina parecía autorizar y que él suponía eran bendecidos por Dios.